De un momento a otro

Estamos en 1934 y la poesía de Rafael Alberti va acompasándose a la velocidad de la historia. Hasta esa fecha, su compromiso con la vida se ha filtrado a través de la actitud vanguardista que, en libros como *Sobre los ángeles, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* y *Sermones y moradas*, sitúa al poeta gaditano entre las filas de quienes pensaban que era necesario cambiar el mundo y posible hacerlo desde un nuevo orden en las palabras, desde una visión distinta de la realidad, capaz de establecer relaciones inéditas, símbolos imprevistos para un mundo que corría con todas sus luces encendidas hacia la oscuridad. La militancia literaria de Alberti desemboca, lógicamente, en otra de tipo ideológico, en un deseo de participación en la nueva realidad, y en un combate a fuego con la vieja moral que impera todavía, sobre todo entre las familias burguesas, normalmente venidas a menos, que en sus lejanas provincias se mantienen al margen de unos cambios que han encontrado en los grandes núcleos urbanos, en las capitales que, como Madrid, han venido siendo en los años previos a la República catalizadoras de los vientos del cambio, el territorio propicio a sus necesidades. No deja de ser indicativo que el propio Alberti escoja, para ofrecerlo como metáfora de la decadencia burguesa y signo de todos los vicios clasistas, el viejo paraíso perdido de su tierra gaditana, que si en su primer libro, *Marinero en tierra*, era objeto de todas las nostalgias, se va a convertir ahora en las páginas mejores del volumen *De un momento a otro*, en espejo de todos los defectos.

Teñida por un surrealismo controlado, la poesía de Alberti no va a buscar ya los ciegos aletazos de *Sobre los ángeles* ni la angustiada indagación interior de *Sermones y moradas*, ni siquiera la anárquica teoría del desorden contenida en su célebre *Elegía cívica*, tres ejemplos consecutivos del viaje albertiano hacia la literatura militante de *El poeta en la calle* o *De un momento a otro*, libros escritos paralelamente en aquellos años. La rabia inconcreta de la *Elegía cívica* aparece ahora tamizada por las ideas recientemente asimiladas y pretende dictar unas consignas concretas derivadas del marxismo más ortodoxo de aquel tiempo: el poema «Siervos», por ejemplo, es una advertencia acerca de la dictadura del proletariado y la consecuencias que ésta traerá para quienes no acepten el nuevo orden. La obra dramática *De un momento a otro* glosa y matiza el mensaje del libro de poemas del mismo título: un joven deserta de sus orígenes burgueses e intenta convencer a los oprimidos trabajadores de que él es ahora uno de ellos, nunca más otro de sus explotadores.

Pero *De un momento a otro* está muy alejado, en sus dos primeras partes, «La familia» y «13 bandas y 48 estrellas», de las coordenadas de la poesía urgente que más tarde impondría su ritmo a los poemas albertíes, trayéndolos de regreso hacia las raíces tradicionales de sus primeras obras e imponiendo los romances o sonetos como metros más propicios para una comunicación directa y rápida con los lectores, como ocurre en la parte final del libro «Capital de la gloria», formada por los poemas escritos en plena guerra civil.

Por el contrario, «La familia», que mantiene ciertos rasgos vanguardistas en cuanto a la imaginería poética de su estructura, va a aportar un soplo de reflexión detenida y autoconocimiento a la poesía de Rafael Alberti, un método de reconstrucción de la propia experiencia, que si tiene algo que ver con la valoración romántica del individuo, también es cierto que éste se ha utilizado más como ejemplo, como personaje de ficción, que con respecto a la importancia de su propia peripecia.

El personaje que protagoniza *La familia* regresa, como el de *Sermones y moradas*, a un viejo mundo deshabitado que fue el suyo, pero con una mirada nueva. Igual que en *Sobre los ángeles*, es un mundo de aulas solitarias y atlas descoloridos en cuyo abandono se refleja la pérdida de los valores que alentaron el pasado, en la

enumeración de cuyos defectos se asientan las propuestas del cambio que ofrece Alberti, volcando su alud de sinceridad sobre las calles torcidas de la historia.

Por ejemplo, en los poemas dedicados a recordar la infancia escolar en un centro jesuita, Alberti simboliza la injusticia en las largas sotanas de unos profesores que ya establecían los límites de una dudosa realidad, separando a los alumnos en internos y externos, sembrando el rencor de clase entre unos y otros. Ambito desvencijado, tenebroso y turbio, Alberti oscurece aún más las perspectivas de su infierno particular para oponerlas a la nueva luz que se avecina.

La fascinación que estos poemas producen está precisamente en la aparente contradicción entre la violencia con que son dictadas las consignas y la voluntad de meditar acerca del pasado con el tono contenido de quien escoge cuidadosamente sus palabras y el grado con que desea pronunciarlas. También en la intención biográfica con que el poeta cumple una doble función: reconstruir el argumento desde el interior y ofrecer una credibilidad basada en el hecho de que es a su propia familia a la que juzga, teóricamente, de una manera neutra y afilada.

13 bandas y 48 estrellas mantiene algunas de las características apuntadas y establece una geografía política americana, situándose como uno de los primeros poemas antiimperialistas de la literatura en lengua castellana. La mitología albertiana sitúa, desde el primer espléndido poema del libro, una línea divisoria a uno de cuyos lados Norteamérica acumula su niebla de petróleo como una inmensa mancha extendida por todo el sur del continente. Del otro lado, Alberti va anotando sus impresiones políticas con respecto a cada país sudamericano visitado, con ataques espinosos a los dictadores de las naciones y cantos a la naturaleza y la cultura primigenia de los indígenas sepultados por el dorado peso del dólar.

«Capital de la gloria» concluye *De un momento a otro* con los poemas urgentes de trinchera o mitin, pero también mezclados de reflexiones sobre pequeños motivos en medio de las grandes batallas. Es el diario de un poeta que supo mantener unidas su fidelidad a la poesía y a la historia, viajar a través de sus sentimientos porque en ellos se ocultaba el centro del mundo.

Benjamín Prado

Entre el clavel y la espada

La poesía española en el exilio, en esos años iniciales de la larga y paupérrima postguerra, se salva sobre todo por la feliz aparición de tres hermosos libros: *Entre el clavel y la espada* (1941), de Rafael Alberti; *Las nubes* (1943), de Luis Cernuda, y *El gran responsable* (1940), de León Felipe. Ha sido suficientemente comentado, por historiadores y estudiosos, el empobrecimiento general de la poesía que se escribe, en los años cuarenta, dentro y fuera de España. Los traumas de la guerra, el compromiso histórico/social y el expolio franquista del pensamiento libre y creador, condujeron sin duda a la monotonía, cuando no a la esterilidad. No olvidemos, sin embargo, que una fuerte opinión revisionista está intentando rescatar, de esa varia complejidad de aquellos años, de toda esa difusa simplificación teórica e histórica que se ha vertido sobre ellos, signos de identidad y de salud, signos, al menos, de recuperación o de proceso instaurativo.

Es en este sentido donde el libro *Entre el clavel y la espada* cobra singular relevancia. Si, algunos años antes, la *Elegía cívica*, de Rafael Alberti, publicada en su tomo *Poesía*, en 1934, venía a constituir un evidente prolegómeno de toda la poesía social española contemporánea, no es menos cierto que *Entre el clavel y la espada* vino a significar, no sólo una superación de ese tramo indeciso que, durante la década del 30, desluce un tanto ese esplendor de la brillante lírica albertiana, sino también un punto de partida, un precedente singular de aquella remisión a los valores altos de «preguerra», de aquella recuperación de las «capacidades expresivas» que ador-